

RESEÑAS / REVIEWS

ARTHUR JEAN-PHILIBERT GRASSET y NATHALIE LE BRUN (ed., introd., transcrip., trad. y notas). *Apuntes de viajes. Excursiones en las costas de Marruecos y las islas Canarias, durante los años 1877, 1878, 1879 y 1881*, Instituto de Estudios Canarios, San Cristóbal de La Laguna, 2021, 566 págs., ISBN: 978-84-09-33132-1.

La profesora Nathalie Le Brun, que lo es de la francesa Universidad de Estrasburgo, nos ofrece una nueva obra que viene a iluminar, aún más, la huella dejada hace escasas fechas por sus investigaciones sobre Sabin Berthelot, que se tradujeron en dos textos fundamentales sobre este personaje y su época, tanto en Francia como, especialmente, en Canarias: *Un francés entre guanches: Sabino Berthelot y las Islas Canarias*, Le Canarien, 2016 (710 págs.), e *Informes y memorias consulares de Berthelot*, Le Canarien, 2018 (643 págs.), cuya edición y estudio preparó, en este último caso, en colaboración con Cristian Díaz Rodríguez, entre otras aportaciones de interés para la historia de Canarias especialmente durante el siglo XIX, aunque también con incursiones puntuales en el siglo XVIII.

El malacólogo, explorador y artista, Arthur Jean-Philibert Grasset (1828-1886), como apunta Le Brun en el prefacio, era casi un desconocido salvo por las referencias que sobre él y su presencia en Canarias nos dejó su amigo Sabin Berthelot (1794-1880). El primero de sus viajes a las Islas se sitúa en el invierno de 1854-1855, después de su vuelta al mundo entre 1850 y 1853, cuyos diarios preparó para su publicación, en 1879, el propio cónsul francés, Berthelot.

El libro, editado con mimo y calidad por el Instituto de Estudios Canarios, recoge los manuscritos inéditos redactados con ocasión de tres viajes que Grasset realizó a Canarias entre octubre de 1877 y la primavera de 1881. Se trata, como indica Le Brun, de los manuscritos autógrafos de sus cuadernos de viaje, pertenecientes a una colección particular. El autor disfracó su identidad bajo el seudónimo *Pailloux*, que utilizaba para mantener su correspondencia con *Blanche*, seudónimo también de la persona amada, residente en Argel. Cada cierto tiempo, Grasset le remitía sus impresiones, bosquejos, reflexiones y sensaciones que nos dejan percibir la visión espontánea y traslúcida de un texto exento de censuras e, incluso, de la pudorosa autocensura del autor que se abisma, antes de publicar sus libros, sus observaciones y sus trabajos científicos, en la irreversibilidad de la letra impresa. Por ello y por otras razones, que no son fáciles de resumir en la presente tesitura, esta obra de Grasset constituye un texto especial.

La obra está precedida de una amplia Introducción (pp. 13-74), en la que la autora de la edición pone de relieve los aspectos esenciales de la vida de Grasset, sus viajes entre 1850 y 1881, su labor como coleccionista y naturalista, su relevancia como pintor, y, asimismo, otros aspectos que se traducen de sus propios diarios

inéditos: su visión de la sociabilidad insular canaria, la percepción entre el relato y el viaje propiamente dicho como filosofía del explorador decimonónico, los soportes manuscritos y los niveles de escritura, junto a la propia interconexión y complementariedad de los textos. No faltan, además, otros matices en relación con las características de los manuscritos en función de la cronología de los hechos relatados, la propia escritura del viaje y, ya en el plano pictórico, las referencias a las acuarelas y dibujos del viaje, el viaje, en fin, iconográfico. A partir también del interesante inventario de dibujos, perfiles y acuarelas de cada uno de los relatos viajeros no es difícil de adivinar, en el marco de la transtextualidad y de las interconexiones, la cultura de un personaje que se interesa por los más diversos campos del saber científico de su tiempo. Grasset, en efecto, era una persona culta que abarca un amplio abanico de temas y se conecta con la intelectualidad de su época, tanto en el ámbito insular como en otras instancias intelectuales y viajeras. En la página 51, por ejemplo, se recoge una acuarela de Grasset (1878) del pequeño y famoso «idole ou amulette» de Gran Canaria, que publicaría Sabin Berthelot en sus *Antiquités canariennes* (París, 1879), así como de los «batons de commandement» descubiertos en La Orotava y publicados también en la misma obra.

El estudio preliminar, de hecho, se ocupa también de «las representaciones del espacio visitado, los viajes de recreo, las condiciones del viaje, la geografía social, los estereotipos, tópicos y estigmatización de los personajes, las preferencias y “prejuicios” culturales y otras consideraciones de interés, y, finalmente, se especifican con detalle las normas de edición».

El amplio apartado de los «Diarios de Viaje» propiamente dichos, a partir de la página 75 de la obra, permite apreciar la reproducción facsimilar de los materiales y su cuidada transcripción francesa, así como su traducción al castellano. A partir de entonces se inicia, en efecto, el recorrido textual y visual de este viaje singular a través de la geografía y del tiempo, pues Grasset consigue sumergirnos poco a poco en el ambiente, junto a la sociabilidad y, en fin, en el paisaje cultural, urbano, marítimo y humano que configuran el espectáculo de su recorrido por la costa norteafricana y entre las propias islas del Archipiélago canario. Grasset, sin proponérselo, nos hace cómplices de su aventura que une, en un relato único, su recorrido por el Mediterráneo y el Atlántico, dos mares que representan dos mundos.

Sus perfiles, en ocasiones apenas esbozados como queriéndonos invitar a retenerlos en la memoria de las costas más o menos lejanas, sus esbozos y vistas desde la borda del navío, sus imágenes vívidas de ciudades como Tánger o Casablanca; sus esbozos de Mazagán (El Yadida, patrimonio de la UNESCO), perdida entre las lejanías y la mar inquieta, lo rotundidad costera de Mogador, y, ya en Canarias, los perfiles de Lanzarote, La Graciosa y Alegranza, apenas insinuadas en el horizonte, dan paso, poco después, a la populosa capital de Tenerife, al pie de montañas robustas. En Gran Canaria, el Puerto de la Luz y La Isleta se adivinan de lejos, como un apunte de primera hora, y, asimismo, el perfil del dibujo con el que se percibe Arrecife de Lanzarote. Debí impresionarle, en esta misma isla, el Charco del Janubio, así como otros enclaves costeros sobre los que toma apuntes como para dejar clara su intención de regresar.

No faltarán tampoco, en esbozos de lejanías que se repiten, los perfiles de las islas vistas desde el mar: Lanzarote, Fuerteventura o, en fin, los pequeños, aunque valientes barcos del cabotaje isleño. En ocasiones parece percibirse, incluso, el

golpe de la ola que desestabiliza al viajero y hace temblar su escritura, trazada bajo condiciones marítimas no siempre idóneas para el viaje. Y, paralelamente, el texto dibuja también el espíritu de sus compañeros y compañeras de navegación más o menos accidentales: sus usos y costumbres, sus cantos y sus actitudes vitales. Grasset intenta esbozar el paisaje cultural del territorio y el alma de sus habitantes, los nacidos en Canarias y los que, por diferentes razones, coinciden con él en sus reiterados viajes a las antiguas Hespérides. Entre las páginas 346 y 347 se recoge una acuarela que dibuja una panorámica a doble página de la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria, vista desde el mar y fechada el 21 de enero de 1878.

El segundo viaje tiene lugar entre el 3 de marzo y el 29 de mayo de 1879. Entre las imágenes que orlan este periplo se encuentran apuntes pictóricos sobre Ceuta, Gibraltar, las montañas entre Ceuta y Tetuán, así como acantilados y bellas estampas de Tánger, entre las páginas 408 y 425. A partir de la página 432 se percibe igualmente el paisaje costero de Anaga, en Tenerife, mientras que a partir de la 437 resalta el cromatismo de otros espacios geográficos que el desarrollo urbanístico y productivo de mediados de la década de 1955-1965 del siglo xx, no había conseguido desfigurar. Se percibe a Santa Cruz de Tenerife como si acabara de ser construida, arropada por un mar fundacional desde el barranco del Bufadero, cuyo sendero escabroso, camino de San Andrés, hacía temblar al viajero, y, poco después, el paisaje con drago y palmera que definió durante décadas a Taganana. En Las Palmas de Gran Canaria esbozó, a su vez, las «habitaciones trogloditas», es decir, excavadas en la roca, del barranco de La Angostura o la serenidad del palmeral camino a San Mateo o del gris rocoso salpicado de verde de la página 460. También dibuja Firgas sobre un altozano umbroso, adornada con casas señoriales. Retorna a Lanzarote y traza nuevos esbozos: Punta del Papagayo, Fuerteventura desde el estrecho de la Bocaina, y retorna recorriendo de nuevo la costa marroquí que dibuja de nuevo a su paso en bellas acuarelas y torres que recuerdan a los alminares desde donde los almuédanos llamaban a la oración.

El tercer y último viaje se sitúa cronológicamente entre el 26 de febrero y el 9 de marzo de 1881. Es breve. Ocupa las páginas 531-541. Su amigo Sabin Berthelot había muerto el año anterior. No parece que Grasset regresase nunca más a Canarias.

La obra se cierra con una cuidadosa colección de referencias sobre las fuentes, tanto manuscritas, en línea e impresas, y una amplia base bibliográfica, sin olvidar la existencia de un útil índice onomástico que, sin duda, ayudará al lector interesado a navegar por los sugerentes espacios, geográficos y humanos, de esta interesante obra, cuyo rescate para el acervo histórico-cultural canario no deja de ser uno de sus más destacados méritos.

Manuel de Paz-Sánchez
Departamento de Geografía e Historia
Universidad de La Laguna (ULL)
<https://orcid.org/0000-0002-9556-9157>
mdepaz@ull.edu.es

